

- Watson, R.I. (1977). R.I. Watson's Selected papers on the history of psychology. J. Brozek & R. Evans (Eds.), Hanover N.H.: Univ. New Hampshire.
- Wundt, W. (s.a.) *Compendio de Psicología*. Madrid: La España Moderna.
- Yela, M. (1989). Unidad y diversidad de la psicología. En J. Mayor y J.L. Pinillos (Dir.), *Tratado de Psicología General, I* (pp. 71-92). Madrid: Alhambra.

La historia en la formación universitaria

Alberto Rosa
Universidad Autónoma de Madrid

Estamos aquí para homenajear a Antonio Caparrós. Una persona que ha dejado una profunda huella entre nosotros. Ha sido profesor de Historia de la Psicología, maestro de historiadores de la psicología y, además, ha cumplido un papel importante en el propio desarrollo de la psicología española y en la conformación de los marcos institucionales en los que hasta ahora la universidad española se desenvuelve.

Este acto es un homenaje a su memoria. En esta sala y en este momento, estamos recordando a una persona que ya no está entre nosotros, y esto lo hacemos, por una parte, compartiendo los sentimientos que nos produce la pérdida de alguien muy querido, al mismo que tiempo que, por otra, repasamos su vida profesional y sus empresas intelectuales. En definitiva, al hilo de lo que con él compartíamos y de lo que de él hemos aprendido, reflexionamos también sobre nosotros mismos.

Antonio era una persona de enorme capacidad de trabajo, con una empresa vital compleja que se movía en numerosos planos de la actividad intelectual, universitaria y pública, siempre volcado hacia una ilusionada construcción del futuro. Esta mirada siempre hacia adelante es algo que, a primera vista, puede parecer sorprendente para algunos, dado que su especialidad académica era precisamente la historia, es decir, el estudio del pasado. Pero somos bastantes los que creemos que en esto no hay contradicción alguna sino, por el contrario, una enorme coherencia. Por eso el mejor homenaje que podemos hacerle es dialogar con sus ideas y con sus proyectos, de manera que su vida y su obra sean una herencia viva que entre todos administremos.

El trabajo de un historiador y, sobre todo, el de un profesor de historia, se basa en el supuesto de que el conocimiento histórico tiene un valor formativo. Mi modesta contribución a este homenaje va a consistir en la presentación de algunas reflexiones sobre este tema que, a mi juicio, late de una manera implícita en el trasfondo de la aportación de Antonio a la historiografía de la psicología.

El mismo sentido de este acto es un ejemplo vivo y emocionado del propio sentido de la enseñanza de la historia. Aquí estamos realizando un acto de recuerdo compartido. En este momento presente estamos evocando la vida y la obra de alguien que ya no está entre nosotros, pero lo hacemos con un sentido volcado hacia el futuro, buscando una enseñanza en ese recuerdo. Estamos compilando pasado y futuro en un acto del presente.

En jerga psicológica diríamos que estamos realizando actos de recuerdo. Es la memoria lo que nos permite no sólo evocar lo no presente, sino, en cierto sentido, estabilizar el tiempo, crear presentes de mayor o menor extensión. Y esto lo hacemos a través del uso de recursos cognitivos y de la mediación del lenguaje y de las formas literarias que están en nuestro acervo cultural. Dicho de otra manera, lo que aquí estamos haciendo es tanto recordar, como comunicarnos, reflexionar individualmente y en grupo, dialogar. Este recuerdo, estas reflexiones, esta comunicación y diálogo tienen su referente en el pasado, pero sólo alcanzan su significación mirando hacia lo por-venir desde un presente en el que buscamos un sentido, una orientación sobre cómo seguir viviendo; sobre cómo comprender, cómo asimilar los acontecimientos del pasado y cómo orientar nuestra acción presente y futura. Algo que sólo es posible si concebimos nuestra vida como acción, como moviéndose hacia un por-venir que es un elemento central para la significación del presente. La memoria así, no sólo es lo que nos permite trascender el presente, sino que no puede ser concebida sin su dimensión semiótica, es decir, incardinada en la acción y, por tanto, volcada hacia el futuro.

La memoria, como algunos dicen de la historia, está hecha de tiempo. Pero los psicólogos tratamos el tiempo de maneras diversas cuando hablamos de memoria. En cierta manera lo congelamos cuando hablamos de memoria semántica, cuando nos referimos a las bases de conocimientos que han de construirse para poder apropiarse de los saberes sociales acumulados por la cultura. Sin embargo, cuando hablamos de memoria episódica, la que recoge la mudanza de las cosas, la sucesión de diversos presentes en el transcurrir de los tiempos pasados, devolvemos al tiempo su fluir. Incluso combinamos fluidez y permanencia cuando hablamos de memoria autobiográfica, en la que las circunstancias cambian, pero el yo parece permanecer. En cualquier caso, siempre el pasado recordado tiene significación incrustado en un presente particular acotado, pero además orientado hacia un futuro imaginado.

Nuestra propia identidad depende de nuestra memoria. No podemos concebir nuestro propio yo, si no es sobre el telón de fondo de los recuerdos de nuestras acciones cambiantes; no podemos ponerle atributos a ese yo si no es a través del uso de categorías de nuestra memoria semántica. Y sin ambas cosas no podemos interpretar nuestra vida, ni, por supuesto, tener proyectos profesionales o intelectuales.

Esto, que creemos cierto para los individuos, lo es también para los grupos y para las instituciones y, por supuesto, para las ciencias, que son tanto lo uno como lo otro. Si la memoria individual es una base imprescindible para la constitución de un *yo-mismo* capaz de dar orientación a sus acciones, la memoria colectiva, y en su forma institucionalizada —la historia—, es un elemento fun-

damental para la constitución de las entidades colectivas, de los *nosotros* en cuya pertenencia nos reconocemos.

Si desarrollamos un poco más el paralelismo que acabamos de esbozar entre memoria individual y memoria colectiva, podríamos decir que las prácticas científicas y técnicas vendrían a ser algo así como las encargadas de elaborar la memoria semántica de la cultura. Serían ellas quienes acumulan la base de conocimientos sobre las cosas y los procedimientos de acción sobre ellas. De este modo, las acciones que se dieran en un presente involucrarían tanto los elementos contextuales en ese presente, como los recuerdos recuperados desde esta memoria semántica. El pasado, así, se haría presente a través del recuerdo de lo que es relevante para la acción en curso.

Si las ciencias las acabamos de caracterizar como una forma institucionalizada de la memoria semántica cultural, la historia sería la forma institucionalizada de la memoria episódica y autobiográfica del grupo. Es ella quien permite dar estabilidad al *nosotros*, y significación y sentido al ser de ese *nosotros* en relación con los eventos que se recuperan y el momento en que se evocan.

Pero el paralelismo que estamos realizando entre los diferentes tipos de las memorias individuales y sociales, por un lado, y las ciencias y la historia, por otro, no es del todo adecuado. Ni la ciencia es la única práctica cultural que acumula conocimientos sobre las cosas, ni la historia tiene el monopolio de la producción de relatos sobre el pasado colectivo. Lo que caracteriza tanto a la ciencia como a la historia, frente a las prácticas artesanales que las han precedido en el tiempo y con las que comparten las mismas funciones sociales, es que son prácticas regladas e institucionalizadas, destinadas a la producción de saber declarativo, expresado en formas discursivas normalizadas y con procedimientos para su verificación.

De este modo, al igual que no cualquier saber sobre las cosas, aunque tenga validez pragmática, puede considerarse como científico; tampoco puede admitirse que cualquier relato sobre el pasado sea un discurso con validez historiográfica. En ambos casos deben cumplirse unos mínimos requisitos de rigor. La ciencia y la historia son instituciones resultado de la acumulación de saberes y de la división social del trabajo.

Volviendo a nuestro paralelismo entre la memoria individual y los saberes culturales institucionalizados, podemos decir que nadie duda de la necesidad de que los individuos se apropien de elementos del pasado, sedimentados en la base de datos cultural, para incorporarlos a sus memorias semánticas, para adquirir hábitos de comportamiento para la vida social, para aprender estrategias de resolución de problemas para incorporarse a la vida colectiva. Incluso estos individuos son entrenados en técnicas depuradas para que aprendan a aprender o se hagan más creativos. En definitiva, las instituciones educativas han diseñado procedimientos para que la memoria semántica social se distribuya entre las memorias semánticas individuales, y, además, han elaborado métodos para que esta incorporación se haga de manera más efectiva.

Pero, ¿qué pasa con las otras formas de memoria social?, ¿es que el recuerdo de los acontecimientos del pasado colectivo y los avatares del propio ser colectivo son irrelevantes? Puede haber quienes contesten diciendo que lo que im-

porta es el presente, y que lo que es relevante del pasado ya está incorporado en los elementos de la base de datos cultural que constituyen los *corpora* de las ciencias. Sin embargo, muchos otros dirán que no es así, que para que exista un sentido de comunidad, para que haya una orientación común entre quienes la constituyen, para que haya metas que den significación a las acciones compartidas, es preciso tener modos compartidos de evocar acontecimientos de un pasado común, aquellos que nos constituyen como un *nosotros* imaginado al que nos afiliamos o queremos afiliarnos. Por eso se dan trifulcas sobre la enseñanza de la historia, porque se cree que quienes controlen la administración a los estudiantes de cuáles son acontecimientos memorables del grupo sujeto de la historia —y, con ello, la definición y los atributos de ese sujeto de la historia (España, Cataluña, o *la Psicología*)— ganarán también control sobre el modo en el que los individuos se imaginan esa comunidad y, por consiguiente, sobre el modo en que los sujetos, los súbditos, construirán su propia identidad colectiva. Sin embargo, esta visión de la enseñanza de la historia a la que acabamos de referirnos es extremadamente parcial, tanto que quizás sería mejor denominarla transmisión de una narración recibida, cuyo objetivo es más la instrucción de súbditos que la formación de ciudadanos.

Continuando la exploración del paralelismo entre memoria individual y saberes colectivos, deberíamos defender que cuando se intenta que el estudiante se apropie del saber acumulado de las ciencias, lo haga no sólo de los contenidos sino también de los procedimientos para la construcción de conocimientos, de las metodologías y, con ello, del talante crítico que posibilita la propia construcción de saber. También al enseñar historia los objetivos no pueden limitarse a la transmisión de un listado de eventos que impliquen un cierre narrativo a veces oculto, pero no por ello menos eficaz para inducir a actuar en una determinada dirección. La historia, si se quiere que tenga un valor formativo, que no esté sólo al servicio de identidades diseñadas en gabinetes, debe mostrar la propia fábrica de los métodos con los que se construyen sus elaboraciones sobre el pasado, sobre los principios que fundamentan los modos de explicación de los cambios entre distintos presentes. Sólo así podrá ser un instrumento útil para que sus usuarios ganen control sobre los objetivos y orientación de sus acciones presentes, para que puedan imaginar informadamente diversos futuros posibles. La historia, así concebida, es entonces un instrumento para la metacognición y la toma de conciencia, para la ganancia de control sobre las acciones individuales y colectivas. En definitiva, para participar en la construcción del futuro.

Creo que Antonio Caparrós entendía de esta última manera la función de la historia de la ciencia. Su empeño en apoyar sus elaboraciones historiográficas en explícitas fundamentaciones teórico-metodológicas (el enfoque de los paradigmas), su énfasis en distinguir entre las elaboraciones auténticamente científicas y las construidas únicamente como subsidiarias de usos tecnológicos, o su afán por diferenciar entre los usos presentistas de la historia y las visiones más genuinamente historicistas, son buena prueba de ello. Él nos puso en un camino cuya continuación es el mejor homenaje que podemos hacerle. Antonio, muchas gracias por tus lecciones.